

Santiago

715572

Crónica Literaria

Por ALONE

"Presencia visible e invisible de Alemania en Chile" por Roque Esteban Scarpa (Goethe-Institut).

Entre las grandes corrientes sanguíneas que, a través de la historia, han venido a nutrir el fondo hispánico de nuestra raza, la germanica se distingue por un curioso hato noveloso y aristocrático que no exhiben las demás, al menos, en sus orígenes. Ni ingleses ni franceses, ni italianos ni árabes, antes o después, muestran figuras como las que, durante la Colonia, aportaron los alemanes.

Hay desde luego, en el troco de los conquistadores, ese compulso de Valdivia que, resueltamente traducido del Bartholomaeus Nizman tedesco al muy castizo Bartolomé Flores, aportó a la expedición lo suyo, "los valiosos caballos, las insuperables armas, personal de servicios, alforjas abastecidas", todo por puro espíritu de aventura. También de población, "Ser muy poblador" declara el interesado sin modestia. Y le justifica. Amigo del poderoso cacique de Talagante, envió este de regalo a cuatro de sus nietos, como retribución por haberle devuelto a un hijo, Flores se las entregó de la mano de Suñer para educarlas, aparentemente sin mayor interés; pero cuando una de ellas, la princesa doña Elvira, todavía niña, dio a luz un hijo, Flores, el Procurador de la Ciudad, se ofreció a apadrinarla, entregó su capa de mantilla para la coronación, incluso que, como a su propia madre la llamaban Agueda y, por si quedara alguna duda, pidió que le dieran su apellido. El muy poblador cumplió. Veintitrés años más tarde, doña Elvira desposa a don Pedro Lisperguer, "caballero notorio de la casa de Salonia-Wittenberg, paje del Emperador Carlos V y del Príncipe don Felipe, maestro alca del Virrey del Perú y consejero de su hijo don García, que el Marqués-virrey envió a Chile como Gobernador". No está mal, como se ve, para el comienzo. El asunto, después, se agrava; porque la hija de doña Agueda, los anda menos, abuela de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, como dice Scarpa "amargamente llamada La Quintana". Y a tanta prepotencia llegaron los Lisperguer en nuestra sociedad, que sirvieron para aportar a los buenos de los malos y un go-

nealogista afirmó que, en Chile, "el que no es Lisperguer es mulato".

Uníase ello a una capacidad creadora de riqueza y refinamiento que, al otro siglo, ahora en sentido moral, religioso y estético, refuerzan, gracias a la Compañía de Jesús, los artificios que ella consiguió traer. Pese a las exuberantes disposiciones contra los extranjeros, llegaron aquí el tiroles Ristrich, eximio arquitecto y escultor a quien se debe el San Sebastián de los Andes, su obra maestra, y "el altar de la Sagrada Familia, o de los Cinco Mejores Señores"; siete años después le siguen el P. José Stridi, los escultores Berro y Millet, forjadores del desarrollo industrial y artístico de la vida chilena. Pero la personalidad máxima de ese período la encarna el P. Heimbhausen, que pertenecía a la familia reinante en su tierra, catadrático de Teología Especulativa, Procurador General y Rector del Colegio de San Miguel, a quien la Orden debió un valioso regalo enviado por la Emperatriz, prima suya.

Atraída por el P. Heimbhausen, vino a reunirse al Hermano Martín Mutsch, hijo del Elector de Baviera, a quien su padre hizo perfeccionarse en la arquitectura antes de ingresar a la Orden y con el cual, tras una larga ausencia y una no menos larga navegación, precedida de larguísima transacciones, debían llegar 36 conjuntos con un cargamento de "70 cajones de libros, 22 tardes de papel, 5 cajones de imprenta de libros, 45 con claves de hierro, 3 con galones de plata y oro, 1 con piezas de plata labrada, puños de Segoira, sedas, lienzos, alfombras portátiles, misales e incluso vitallias, aceptados en Roma, Nápoles, Venecia, Munich, Lyon, Barcelona, Milán y Ginebra, buscando lo mejor en cada parte".

Un tesoro de las Mil y Una Noches que iba a crear el que los Jesuitas esparcieron por sus propiedades, entre ellas, Indio, la de Calera de Tango, las mismas que perdieron al ser expulsados en el siglo XVIII, para enriquecer los de la Catedral Metropolitana. Y como si el destino se obsinara en perseguirlos, la famosa campana por ellos forjada dio sus últimos toques al derrumbarse con el incendio de la Iglesia de la Compañía, a mediados del siglo XIX.

A la obra de los arquitectos y escultores colaboraron, dentro de la misma línea superior, insólita en la época, ebanistas, orfebres, relojeros, tejedores, plateros y ceramistas, fabricantes de vajillas de vidrio blanco y rojo, de ladrillos de piedra vidriera para el renevo de las tuberías que abastecían de agua a Santiago, siempre mezclando lo hermoso a lo útil, lo sagrado a lo profano, lo que reza y lo que sirve.

Pero no sólo las artes plásticas, las musicales debían al aporte alemán un influjo potente. El Dr. Sévero Aquinas Rind, compañía ópera e intencional nacionalizar el género con el texto español de "La Telémaco". Un naturalista, estudiante de Bonn, compañero de Rismarek, don Guillermo Frick, dedicado en el Norte a analizar metales, instaló en el Sur el primer serradero de maderas, lo que no le impide componer tonadas de amor a su esposa, doña Clotilde Asenjo. El año 1852 forma en Valdivia un coro de 30 voces y son las primeras interpretaciones de la música clásica y romántica en Chile (1). Otro alemán, Tullio Edmundo Heimpel, natural de Saxe-Coburgo, se embarca en un velero para correr mundo, desembarca en Valparaíso, se hace dependiente de un almacén hasta que su jefe, el comerciante Markmeyer, al regresar a casa, oye una impecable ejecución al piano. Se acabó el dependiente. Empieza el catadrático de música en el Seminario Conciliar, el maestro de capilla de la Catedral de Santiago, el que será Director del Conservatorio y organizará las temporadas de Ópera en el Teatro Municipal, autor de óperas originales, zarzuelas, una Canción Nacional.

Se suceden, acumulan y no se acaban la serie de los artistas creadores y quedan todavía los coleros del Sur que la iniciativa visionaria de Pérez Rosales importó para vivificar las provincias boscosas, pobladas de indios, convirtiéndolas en ejemplares de agricultura productora, fuentes de enseñanza y manantial de progreso.

Con tanto la sobria prosa de Roque Esteban Scarpa se estremece, a ratos, repasando ese inventario de excelencias.

Pero un misterio surge. ¿Qué secreta afinidad ha habido entre las razas chilenas y germanas para impulsar tal florecimiento?

Tal vez aquí el doctor Palacios podría decir una palabra. Aparentemente combatidas por los doctos de su época, celebradas, después, con exceso por un nacionalista exaltado, que llegó hasta la escusa, sus teorías de la raza gótico-argentina ya no todos las consideran un suceso. Encien las cosas seriamente; las limita, pero no las excluye: sólo ellas permiten explicar la diferencia profunda, visible, exterior e interior, civil y militar de nuestras instituciones y nuestro desarrollo histórico, político, económico, etc., con las demás repúblicas de habla española. Eso no se discute; es un hecho que salta a la vista. Ahora mismo lo hace palpable la universal incomprensión del fenómeno chileno y los sofismas recientes: se nos erba en el mismo saco, nos aplican la misma medida y nos condenan a fardo cerrado, como si fuéramos iguales a los demás, incluso al trópico.

Hasta, sin embargo, un superficial reconocimiento de lo que constituye nuestra espina dorsal, la armazón dura, la plataforma fundamental de este país, el ejército, su actitud, su disciplina, su orden desde la Conquista, a través de la Colonia, durante la República, hasta hoy, para reconocer que aquí existe algo que no hay más allá de las fronteras.

También resulta evidente el influjo de sangre gótica, batalladora por excelencia, que trajo el constante estado de guerra con los aborígenes, cosa que no se produjo en el Perú ni en México, pese a la civilización de esos imperios.

El estudio de Roque Esteban Scarpa, "Presencia Visible e Invisible de Alemania en Chile", leído el 7 de septiembre de 1972 —atención a la fecha— robustece, sin proponérselo, las intuiciones de don Nicolás Palacios y añade un poderoso argumento a las afinidades raciales entre dos pueblos que tantas distancias geográficas, lingüísticas, culturales y hasta religiosas separaban; pero que, por sobre ellas, se han entendido y experimentado una notable atracción mutua, una simpatía subconsciente, espontánea y profunda.

(1) Llegó a una edad avanzadísima en perfecta lucidez. Cuando le preguntaban cuántos años tenía, contestaba: —No me preocupo de contarlos, como no me los van a robar... (Eran 90).

"Presencia visible e invisible de Alemania en Chile" [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Presencia visible e invisible de Alemania en Chile" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa